

con los moldes tradicionales. Movimiento aún no visible, pero que marcha a pasos firmes y que registrará la historia.

LOS MAESTROS DEL SUPER-REALISMO: ALDECOA, DELIBES, CELA

Dentro de este modestísimo realismo del que venimos hablando, figuran algunos escritores que, afortunadamente, se han apartado de él en virtud, sobre todo, de una personalidad estético-literaria muy acusada. Citaré tres piezas claves, por ser los más conocidos: Aldecoa, Delibes y Cela, sacando de cada uno de ellos su, a mi juicio, nota más diferenciadora.

Es muy conocido Ignacio Aldecoa. Sus tres novelas: "Con el viento solano", "El fulgor y la sangre", "Gran sol", han tenido gran difusión. También sus libros de relatos (entre otros, "Pájaros y espantapájaros", "Neutrar corner", "Espera de tercera clase", "Vísperas del silencio", entre otros).

A sus narraciones ha llevado ese mundo de las gentes humildes con original estilo. Citaré un texto suyo, perteneciente al primer cuento de uno de sus libros más importantes: "El corazón y otros frutos amargos", que expresa la cálida expresividad de su prosa. Es el relato de unos camioneros vascos y que refleja claramente lo que llamo su "puesta en escena": la repentina potencia plástica al captar un ambiente muy concreto de un modo exacto, original y brillante: "Bajó la cabeza. Las lucecillas de los controles le mascaraban el rostro. Tenía sobre la frente un nudo de sombras; media cara borroneada del reflejo verde, media cara con los rasgos acusados hasta la monstruosidad. Volvió la página que estaba leyendo y se acomodó. Sentía los rebordes de las costuras del asiento; sentía el paño del pantalón pegado a la gutapercha. | ...le dejó razón al sheriff de que los cuatrerros quedaron encerrados... Roy no les tiene miedo a los cuatrerros... Cinco horas después, en el camino del Pecos' |. Llovía. Las gotas de agua tenían un trémulo y pirotécnico deslizarse por el parabrisas. El limpiador trazaba un medio círculo por el que miraba carretera adelante el

compañero, que de vez en vez pasaba una bayeta por el cristal empañado. En la cabina hacía calor".

Miguel Delibes, sin duda el mejor novelista español, por medio de una prosa muy tradicional y muy personal a la vez, prosa que se ha quintaesenciado en su último libro, síntesis de toda su obra anterior, "Las ratas", ha tocado aspectos muy importantes de la realidad española; así: el egoísmo burgués, en "Mi idolatrado hijo Sisi", el mundo de provincias, en "La hoja roja", el mundo rural, en "El camino", "Siestas con viento Sur", "Las ratas". Toda su obra experimenta, para el lector atento, un camino ascendente. Una de sus grandes virtudes, el diálogo. He aquí uno, de ambiente campesino, extraído de "Las ratas", novela citada más arriba: "El Nini reía arteramente y volvía a reír para sus adentros cuando, de regreso, se hacía el contradicho con el Furtivo y Matías le decía malhumorado:

—¿De dónde vienes, bergante?

—De coger nicalos. ¿Hiciste algo?

—Nada. Una condenada liebre no hacía más que llamar desde la vaguada y se llevó el campo.

Repentinamente el Furtivo se volvía a él, receloso:

—No sabrás tú por casualidad hacer la chilla, ¿verdad, Nini?

—No. ¿Por qué?

—Por nada.

En otras ocasiones, si el Furtivo salía con la Mita, la galga, el Nini se ocultaba, camino del perdedero, y cuando la perra llegaba jadeante, tras de la liebre, él, desde su escondrijo, la amedrentaba con una vara y la Mita, que era cobarde, como todos los galgos, abandonaba la presa y reculaba. El Nini, el chiquillo, también reía silenciosamente entonces".

Y por último, Camilo José Cela. En su novela más importante, "La Colmena", está condensado todo su estilo. "La Colmena", novela muy importante en la posguerra española, es, además, un documento histórico. Aunque todo el mundo la conoce, hacemos notar el valor de la historia de esta colmena humana, la del Madrid bajo, como teñida por una gran amargura pero, también, con un desesperado trasfondo de ternura: prostitutas, dueñas de café,

funcionarios subalternos, inquilinos de tristes edificios..., todos pasarán por estas páginas, alentando en sus días el impulso más fatal, el de sobrevivir. Escrita hace muchos años, aún conserva su vigencia. En este trozo veremos a un hombre marginado, sin dinero, al trote por las calles de un día que, sin pan, no acaba nunca: "Martín Marco se para ante los escaparates de una tienda de lavabos que hay en la calle de Sagasta. La tienda luce como una joyería o como la peluquería de un gran hotel, y los lavabos parecen lavabos del otro mundo, lavabos del Paraíso, con sus elegantes y decorativos grifos relucientes, sus lozas ter-



DELIBES: "MI IDOLATRADO HIJO SISI"

Retrato exacto de una sociedad

sas y sus nítidos, purísimos espejos. Hay lavabos blancos, lavabos verdes, rosa, amarillos, violeta, negros, lavabos de todos los colores. ¡También es ocurrencia! Hay baños que lucen hermosos como pulseras de brillantes, bidets con un cuadro de mandos como el de un automóvil, lujosos retretes de dos tapas y de ventradas, elegantes cisternas bajas donde seguramente se puede apoyar el codo, se pueden incluso colocar algunos libros bien seleccionados, encuadernados con belleza: Holderlin, Keats, Valéry, para los casos en que el estreñimiento precisa de compañía; Rubén, Mallarmé, sobre todo Mallarmé, para las descomposiciones de vientre. ¡Qué porquería!

"Martín Marco sonríe, como per-

MD

"LAS RATAS"

UN NUEVO RUMBO EN LA OBRA DE MIGUEL DELIBES

"La novela está sufriendo ahora la fiebre innovadora que padecieron las artes plásticas"

SOCIOLOGIA, tremendismo y estilo... Estos tres matices señaló Antonio Valencia al ocuparse de "Las ratas", la última novela—¡la última por ahora, gracias a Dios!—de Miguel Delibes. Más adelante, razonando su porqué, el crítico apuntó que en esta novela se evidencian indicios de que ha sido iniciado un nuevo rumbo en la obra del Delibes novelista. Finalmente, afirma Antonio que jamás ha escrito Delibes mejor que en "Las ratas", llegando a un primor azoriniano. Personalmente, creo que esta novela es una de las más inquietantes que se han publicado en España en los últimos años. Inquietante por muchas razones: por su temática, por su estética, por su absoluta madurez. Los profesionales, que andamos cada día a brazo partido con las dificultades de nuestro oficio, sabemos muy bien la enorme marea de maestría que trae en "Las ratas" este gran novelista que es Miguel Delibes.

Los propósitos.

Es indudable que el novelista no navega a la deriva jamás. Mucho menos un novelista como Delibes. Por lo tanto, en "Las ratas" ha de haber un rumbo, un norte que atraiga la punta imantada de la brújula y dirija la nave hacia una meta concretísima. ¿Esa meta es la sociología, el tremendismo o el estilo? ¿Es algo distinto que sólo el novelista conoce, como esos capitanes que no revelan a su marinería el destino y el rumbo, secretos por altas razones de guerra? Miguel

Delibes contesta despacio, casi dictando sus palabras para que no haya posibilidad de equivocación, y me ruega que cuide mucho de no añadir ni quitar punto ni coma. Estoy tan acostumbrado a esta preocupación de mis entrevistados, para la que jamás he dado motivos, que, contra mi costumbre, tomo papel y lápiz y escribo literalmente la respuesta del novelista:

"—Es obvio que en mi novela "Las ratas" hay dos propósitos: uno general, reflejar el acoso que en nuestro mundo de hoy sufren la pureza, la honradez, la generosidad—simbolizadas por "el Nini"—y otro, más concreto, denunciar la miseria material y espiritual en que se debaten la mayor parte de los pueblos de Castilla. En puridad, mis personajes no piden nada, es decir, el problema no deriva de su protesta, de su disconformidad, sino del hecho de que en pleno siglo xx existan seres cuya máxima ambición estribe en cazar media docena de ratas o en comérselas. Y conste que esto no es una invención novelesca."

Por fortuna, mi andalucismo—que llega hasta las raíces de mi alma—me impide coincidir en el pesimismo que se desprende de la respuesta de Miguel Delibes. Yo no sabía que hubiese en alguna parte de Castilla gente de carne y hueso como "el tío Ratero", "el Nini", "el Poderoso", "doña Resu", doña Clo" y "el Pruden". Pero pienso que si esta gente come ratas porque les gusta plantean un problema distinto de si las comiesen porque no tuvieran otra cosa que co-

mer. A mi juicio, que no es crítico, porque mi oficio de novelista en activo me impide enjuiciar a quienes conmigo navegan, Miguel Delibes ha teñido de gris, acaso de negro en algunas partes, un cuadro rural en cuya descripción ha demostrado su magisterio manifiesto ya a lo largo de su obra novelística. No creo que el aparente tremendismo de "Las ratas" sea otra cosa que un deseo de comunicarnos el clima moral preciso para que gocemos y saboreemos la maravilla descriptiva que es la novela, documento precioso para intuir la gama incalculable de matices que pueden ofrecer al viajero curioso los hombres y las tierras de Castilla.

El novelista y su estética.

En la conversación sale a relucir la afirmación de algún crítico de que en "Las ratas" toma Delibes un nuevo rumbo y adopta una estética nueva. De lo particular pasamos a lo general, y Delibes me explica su actitud ante el fenómeno indudable de la aparición de maneras y procedimientos narrativos que son, o dicen sus autores que lo son, revolucionarios:

"—La novela está sufriendo ahora la fiebre innovadora que padecieron—y padecen—antes las artes plásticas. Pero mientras la pintura no figurativa es admisible, supuesto que en pintura la forma y el color son valores por sí mismos, tales experiencias en novela son arriesgadas. Michel Butor acaba de lanzar ahora un libro, "Mobyte", que no es otra cosa que una larga re-





El escritor Miguel Delibes, con sus cuatro hijos, delante del Arco del Triunfo, de París.

lación de nombres propios entre los que intercala, de vez en cuando, frases tomadas de los periódicos. La novedad es que Butor cambia constantemente la tipografía, alegando que en la alteración de los signos existe ya una posibilidad de recreo visual. Esto son pamplinas. La palabra—con todos los equívocos que pueda suscitar su empleo—si no es comunicación no es nada. La pretensión de que la actitud de Butor implica una innovación técnica es tan simple como pretender que lo sea el escribir sobre los márgenes de los libros y dejar impoluta el rectángulo central.”

La respuesta es tan clara y tan concreta que apenas deja posibilidad de discusión. Por mi parte me limito a insistir en que cualquier procedimiento aportado como novedad al quehacer novelístico me pa-

recerá bueno, si, como dice Rafael Vázquez-Zamora, es comunicación, camino de intercambio emocional, al estilo de la poesía. Si al final de una lectura no queda nada en mi alma o en mi corazón, aportado por la intención de quien escribió lo leído, esa obra literaria será falsa, no me interesará como ejemplo a imitar, y, en cambio, si la lectura me impresiona será señal de que he leído una obra importante. Delibes se va a otro terreno y yo acudo al quite.

—La sumisión del artista a un ideario encierra el riesgo—en novela, al menos—de que se convierta en un soflamero. El novelista debe ser fiel a sí mismo y al tiempo en

que vive. Cada novelista debe decir lo que tiene que decir y en la forma de expresión que le es privativa. Yo no acepto hablar de corrientes o tendencias. Cada artista debe promover su propia corriente. Sujetarse a unos cánones, a unas reglas fijas, ya es aceptar una forma de coacción: es decir, renunciar a la personalidad y a la libertad.”

Esta fidelidad a sí mismo, digo yo, puede acabar siendo un obstáculo para que el novelista sea también fiel a los demás, y en ese caso, siempre probable, puede ocurrir que, a fuerza de ser fiel con él, acabe siendo infiel a todo lo que está fuera de él, lejos o cerca, a su alrededor como un cepo o envolviéndolo como un perfume. Delibes niega con la cabeza y vuelve a redondear su idea anterior:

—Por otra parte, el novelista



debe ser fiel a la sociedad en que vive. En este sentido es muy lícita la denuncia de la injusticia, de los vicios, de los problemas en torno. Brindar soluciones ya cae al margen de su misión.”

Misión específica del novelista.

Cuando un novelista ha alcanzado la madurez de Miguel Delibes es casi imposible poder enjuiciarlo sin haber leído todas sus novelas. Encuentro peligroso para el lector y para el autor un mutuo conocimiento a través de una sola novela. La figura se deforma como en un espejo cóncavo, y falta al crítico camino en que asentar los pies y el juicio. A Miguel Delibes, pues, hay que enjuiciarlo tras una lectura consecutiva y atenta de “La sombra del ciprés es alargada”,

“Aún es de día”, “Mi idolatrado hijo Sisi”, “Diario de un cazador”, “Diario de un emigrante”, “La hoja roja” y ahora “Las ratas”. Veríamos así que ha ido como ahondando en un pozo de mina hasta alcanzar las capas del más negro pesimismo, acaso dejándose atrás algunas vetas que con un poco de ilusión habrían acabado por ofrecerle bellísimos materiales de optimismo y de esperanza. A todo esto responde Delibes con sinceridad y con precisión:

—A mí se me ha reprochado el dar a mis novelas horizontes cortos, el operar siempre con personajes elementales. Respecto a lo primero, debo decir que me parece una puerilidad pretender que para ser un escritor universal haya que abordar temas extensos o ambientes cosmopolitas. La universalidad la

da la profundidad, no la extensión. El novelista cumple su misión alumbrando el pequeño pedazo de mundo que le ha caído en suerte. En lo que atañe a la segunda cuestión, debo decir que el cine, el turismo masivo están convirtiendo a la sociedad en un rebaño sin matices. Por otro lado, lo que se llama buena educación recata no poco de hipocresía. De ahí mi preferencia por los tipos populares, por aquellos seres que, por no tener, no tienen ni tiempo para disfrazarse. Son como son y de ahí su valor, al menos para mí, que, a pesar de las modas, sigo creyendo que ahondar en el hombre y sus problemas es la misión específica del novelista en el mundo.”

Estamos de acuerdo en que es misión específica del novelista el ahondar en el hombre y sus problemas, pero creo que el hombre y sus problemas tienen, como los campos en barbecho, tantas posibilidades de acabar siendo trigal como prado temprano, es decir, pan para personas o hierba para el ganado. He oído decir que los modernos técnicos del sonido pueden hacer la siguiente maravilla. de un disco viejo de gramófono sacar sólo la voz del cantador y llevarla a un disco nuevo con otra música, otra guitarra, otro fondo distinto del que tenía en un principio. Si esto es verdad, ¡cuántas posibilidades de trampa, Dios mío! Por eso, si el novelista ha de ahondar en el hombre y sus problemas, no puede hacer lo que el técnico del sonido, sacar sólo la voz y ocultar la música primitiva, que queda sustituida por otra de su invención.

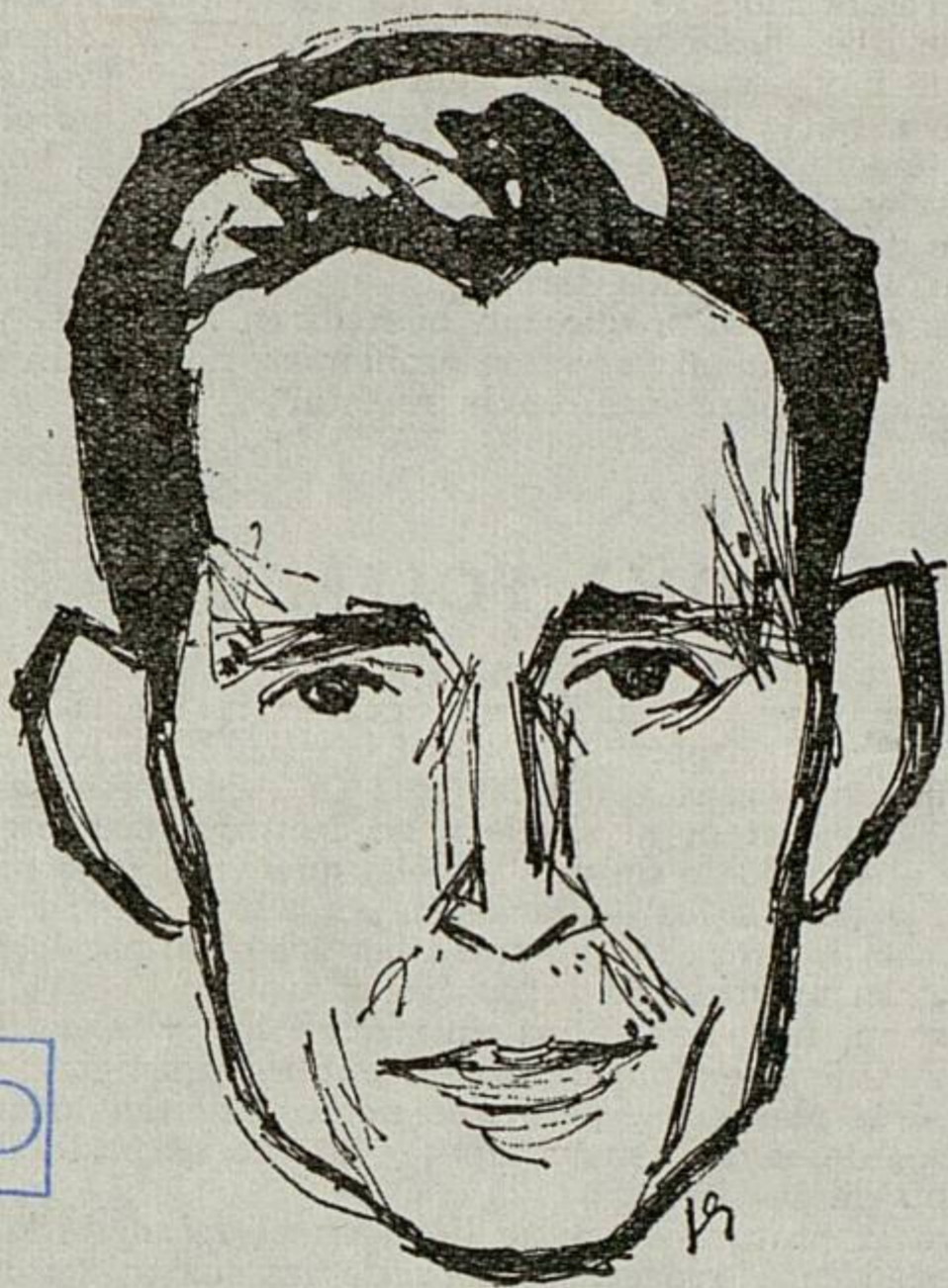
—Vuelvo a repetirte que el novelista cumple su misión alumbrando el pequeño pedazo del mundo que le ha caído en suerte...”

Cuando regreso a casa vuelvo a leer lo que escribió Antonio Valencia: “Una nueva configuración estética se asienta sobre esas bases (se refiere al pesimismo) y el novelista aparece como preparado a lanzarse a nuevas singladuras provechosas para su obra, ya que, en definitiva, el lugar adonde ha llevado a su novela no es aislado en el trazo de la (novela) española de nuestro tiempo, empeñada temáticamente, técnicamente, estéticamente, en demostrar a través de buceos en los distintos estamentos de la sociedad circundante, ya sean rurales, ya fabriles, ya suburbanos, ya de la más alta burguesía, que la humanidad, que los pueblos y sus contornos sociales son realmente deleznable y que nada se perdería si saliese volando por los aires a fuerza de darle al átomo.”

—Adiós, Miguel...

Abro el balcón de mi cuarto de trabajo y respiro el aire fresco de la casi madrugada, cuando acabo de escribir esta última hoja de papel. La ciudad en que vivo también es Castilla, y ese campo que veo y aquella muchacha guapísima que baja de prisa en busca del primer autobús son castellanos, sin duda... Me impresiona pensar que unos kilómetros más allá de aquel horizonte haya unos hombres que no tienen más ilusión ni más oficio que cazar ratas para comerse las...

4



MD

NOVELA

El último

LAS RATAS

de Miguel Delibes

(Destino, Barcelona)

Todo escritor tiene sus temas en los que da lo mejor de sí, y no creo que sea en exceso arriesgado decir que entre los temas en los que Miguel Delibes da lo mejor de su arte estén el paisaje y la infancia.

Infancia y paisaje recorren de punta a cabo esta última novela de Delibes, tratados con esa mezcla de gravedad castellana y de ternura viril en la que destaca el novelista vallisoletano — que acierta menos, para mi gusto, cuando pulsa otras notas más agudas del teclado, tal en *Diario de un emigrante* —. Encabeza *Las ratas* una cita evangélica, aquella que advierte que el que quiera ser el primero debe hacerse el último y el servidor de todos. El último y el

12.— EL CIERVO

Libros

MD

servidor de todos en el pueblo castellano de la novela es un niño, el Nini, rapaz que conoce todos los secretos de la naturaleza y pone su sabiduría al servicio de los demás.

Pero el Nini, humilde habitante de una cueva, ayudante del lunático tío Ratero en la caza de ratas que les proporcionan la mantención, no sólo sabe el modo de abrir un cerdo y la llegada de la lluvia, sino que sabe los extraños secretos de la comprensión y el respeto que hacen humanas las relaciones con los demás, y sabe que no tiene ningún interés llegar a "señor", y cuando la tragedia estalla sabe que los demás no la aprobarán, como tampoco él la aprueba, pero que tampoco la entenderán, y él sí la entiende.

El Nini — personaje de veras memorable — comulga (participa en lo común) con la naturaleza, diríase que se oye en su carne el canto de la tierra y la voz del agua, y de ahí quizás su ciencia de la tierra y del agua. Las gentes del pueblo, más que comulgar con la naturaleza dependen de ella, de una naturaleza no dominada en buena parte por culpas seculares y actuales de los hombres — Don Antero, que posee las tres cuartas partes del término, dice en la ciudad que en el pueblo la tierra anda muy repartida —. Dependen de la naturaleza, y cuando llega el viento que salva de la helada o se desencadena la lluvia, una vez benéfica, otra arrasadora, Delibes logra páginas de antología, palpitantes de vida. Y nos queda en la memoria el olor de la tierra, el perfil de las casas, el rumor de las aguas, los problemas y los misterios de los humanos.

La solapa del libro dice que *Las ratas* es quizá la mejor novela de Delibes. Ya se sabe que los elogios de las solapas no suelen corresponder muchas veces a la realidad. Esta vez sí: quizá la mejor novela de Delibes; yo diría que la mejor de un novelista que sin beneficiarse — si es beneficio — de los escándalos y de distintas campañas de propaganda que agitan el pequeño mundo de la novela española, cuenta entre los de marcha más segura y vocación más auténtica.

— JUAN GOMIS

Apartado

de

Corre

NOS CUESTA INTRODUCIRLO

Muy señores nuestros:

Su revista no es tan leída como quisiéramos, ¡buena señal! Esto significa que su temática "duele" a cuantos se cubren con una costra de indiferencia, a los que molesta en su "escapismo", a los que hace "pensar". Tenemos un número de lectores muy reducido, pero el suficiente para salvar la suscripción. Nos cuesta introducirlo. Los socios del Grupo ansían novelas policíacas, de evasión, de "amor". No obstante, a fuerza de machacar estamos consiguiendo que entren por el aro y lean novelas con algo de profundidad, con problemas de nuestros días. Solamente tenemos dos revistas, la de ustedes y *El Correo de la Unesco*, ambas hablan de caridad (amor), cada una con visión distinta, una en línea recta, la otra dando fuentes de conocimiento. Pues ninguna de las dos "convencen". En fin, este problema es nuestro y no pueden ustedes echarnos una mano.

Al menos los Bibliotecarios les felicitamos y les animamos para que sigan en su línea, que el esfuerzo y el sacrificio no mermen sus posibilidades. Somos muchos los que esperamos de *El Ciervo*.

Les saludan atentamente.

Por la Biblioteca,

R. B.
(Madrid)

DE LECTOR A SUSCRIPTOR

Queridos amigos:

Hace ya mucho tiempo que soy lector asiduo vuestro a pesar de no ser suscriptor. Como yo fui el que deposité en el buzón de "sugerencias" de la Biblioteca la suscripción a vuestra revista, me parecía "hacer labor" pedirlos todos los meses 2 o 3 veces con el fin de que vean que se lee.

Actualmente la cosa se ha complicado y no puedo asistir a la Biblioteca ni una vez al mes; por eso, como no puedo quedarme sin leer *El Ciervo*, os ruego me suscribáis. He embarcado a muchos en vuestra revista y ahora me toca a mí; no tenéis que agradecerme, pues extender vuestra revista es prolongar la voz de la Iglesia en los ambientes.

Os tengo que agradecer el haberme hecho más abierto, más comprensivo y sobre todo más capaz de acercarme a todos los que no piensan como nosotros. Por vosotros, me los descubristeis, he convivido varias veces con los Hermanos de Jesús y he aprendido muchas cosas, tan sencillas, pero que seguramente no hubiera descubierto en toda mi vida.

No penséis que trato de haceros la pelota con esta carta sino que es el testimonio de un lector vuestro desde hace cinco años, que está entusiasmado con la línea que seguís.

¡Adelante!, unidos en el Cuerpo Místico de Cristo,

FRANCISCO ARRUTIA
(Bilbao)



Con aeropuerto al fondo

LA MUJER DE OTRO
de Torcuato Luca de Tena
(Planeta, Barcelona)

MD⁶

No sé si el lector medio me excusará por haber leído este libro, premio Planeta 1961. ¿Qué razón tuve para leerlo? ¿Solamente su actualidad? ¿Sus valores intrínsecos? ¿La fama de su autor? ¿Las doce ediciones que lleva en cuatro meses? ¿El ser el libro más leído en España en lo que llevamos de año?

Pues... no sé. En realidad lo leí para que me leyesen después a mí. Es decir: supuse que su recensión sería de interés y que valía la pena hablar.

La mujer de otro es un libro condenado a gustar. Su destino es el éxito. Es un libro escrito con las ventanas abiertas sobre la calle. Tiene movimiento desde la primera página hasta la última. En la última hay acción trepidante, fuga planeada con aeropuerto al fondo. Pinta un clima social casi completo: millonarios, miserables, militares, monjas, suburbios, artistas, África, negros, damas catequistas, niños listos, estrenos teatrales, revoluciones, crímenes... Don Torcuato ha ido al copo del interés y lo ha logrado. Además, *La mujer de otro* es una obra sin psicologías trascendentalmente enfermas e interesantemente patológicas. Un libro escrito con dignidad, claridad, corrección, facilidad y soltura. Un libro ni demasiado corto ni demasiado largo. Un libro prudente, con un final para Luis Lucia o Juan de Orduña. En fin, un libro para la España media actual. Un libro que recrea honestamente y... *pas plus*.

No sé qué fin se propondría T. Luca de Tena al escribir *La mujer de otro*. Es probable que no coincida con el que yo le veo al libro. La finalidad gasta bromas de este tipo y aún peores. Pero no creo que quisiera iluminar un problema de los que hoy arrastra el hombre sobre su conciencia. Yo supongo que lo que Luca de Tena querría es narrar una historia, más o menos verosímil, y aderezarla con la mayor cantidad de ingredientes de actualidad. Ponerle al lector una película al alcance de la mano. Un libro de más movimiento exterior que interior; pero tampoco sin ser enteramente superficial. Todo en Luca de Tena guarda la debida proporción y medida. No es un libro frívolo; tampoco se le puede llamar formativo en el sentido pleno de la palabra. Los caracteres tienen interés y adecuada conducta. Reflexionan y sufren a su debido tiempo con una normalidad y corrección

FUNDACIÓN DEL IBES

CASTILLA Y LOS ESCRITORES

CASTILLA, musa árida, ayuno literario a pan y agua de los escritores españoles, mito de adobe, tópico de piedra. «Polvo, sudor y sangre» el Cid del Romancero por tierras de Castilla. Sangre, sudor y polvo Castilla misma. Pero Castilla —la Vieja— no está en el Quijote. ¿Hemos pensado en esto? Cabalga el hidalgo por otras tierras, y sólo su sombra, proyectada por el sol declinante del Imperio, se asoma a Castilla. Castilla no asiste a la etopeya quijotesca, mas he aquí que el primer, vivo e histórico Quijote, anterior a Cervantes, Rodrigo Díaz de Vivar, tiene en ella su aventura. Castilla, pues, dio la carne para el mito, que es más que dar el paisaje.

El Romanticismo, nutrido siempre de leyenda más que de historia, poco trato tiene con Castilla, tierra de fechas y cuentas claras. Son los últimos hombres del diecinueve quienes vuelven a escribir de Castilla, no ya para el mito, sino como ocasión geográfica y literaria de entender y plantear —replantar— España. Con ellos, Castilla empieza a ser para nuestros escritores ascético ayuno a pan y agua, cuaresma literaria de sobriedades, de meditaciones. Y el 98.

El 98 vuelve a poner en pie Cides, mitos, metáforas y musas, pero ya dándole la razón a un señor particular llamado don Joaquín Costa. Desde antes del 98 —y aún desde antes de don Joaquín— Castilla venía siendo cifra clave del problema de España. Castilla y Andalucía polarizan en gran parte toda nuestra literatura polemizante. Y digo esto en el sentido de que escribir de Galicia o de Levante es hacer regionalismo —más o menos trascendido, más o menos dignificado, pero regionalismo al fin—, mientras que escribir de Castilla o Andalucía es hablar de España, designar al todo por la parte. No hay explicación histórica ni literaria —con haber tantas— que de verdad justifique o medioexplique esto, pero es así. Y dentro de este fenómeno bipolar, dentro de las líneas generales de nuestra literatura, a Castilla se apeña para sustantivar lo español, y a Andalucía para adjetivarlo. Sólo muy recientemente ha empezado a echarse mano de Andalucía, no ya para adjetivar, sino para problematizar. En este preciso momento, toda nuestra literatura de problemática social se centra ya en el Sur. Ha tenido lugar un desplazamiento —no gradual, sino casi súbito— por el que el tema de Castilla queda en momentáneo olvido. El problema andaluz hace furor y crea psicosis. Aquí somos así. Pero si hoy —y ya era hora— doblan las campanas de la literatura por Andalucía, lo cierto es que Castilla sigue siendo conflicto y clave de muchas cosas.

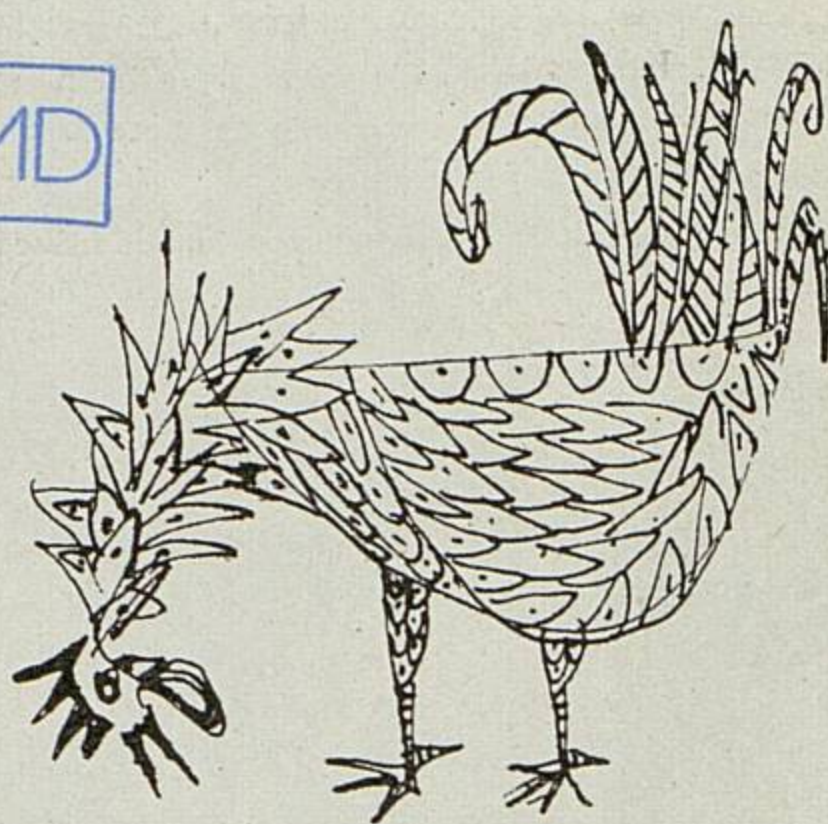
Y precisamente ahora, cuando la polémica emigra hacia el Sur, Castilla reaparece con toda su evidencia en un libro singular, en la última novela de Miguel Delibes, puntual y acertadamente comentada ya por un crítico de esta revista. Escritor castellano, nunca como en esta su obra «Las ratas» se había planteado Miguel Delibes el drama de Castilla. Su sentir lo castellano venía siendo una profunda simbiosis entre el escritor y la tierra, simbiosis habida muy en el origen de lo conflictivo, pero sin explayar nunca el conflicto en formas de explícito dramatismo. En la Castilla de Miguel Delibes pasan cosas sin importancia y la procesión va por dentro. Así, al menos, era hasta ahora. Pero «Las ratas» es ya otra cosa.

En «Las ratas» hay drama externo e interno, testimonio social, anécdota dolorosa y, sobre todo, una Castilla sufriente, actualísima e inactual, sólo redimida por la presencia casi evangélica de ese milagroso niño sabio, Kel Nini —máximo hallazgo poético y novelístico de Miguel Delibes—, que es como un trasunto de la pérdida y legendaria inocencia de la tierra y sus gentes. He aquí que cuando Delibes se ha decidido a ser testimonial, sólo Castilla podía ser objeto de su testimonio, porque desde ella ha escrito siempre, tan acendradamente, y en eso se

diferencia de todos los escritores que anteriormente escribieran sobre Castilla como viajeros que eran, como hombres de paso, como indagadores de un tiempo y un paisaje al que no pertenecían. Algo se ha escrito sobre el origen periférico de los hombres del 98, que toman a Castilla como denominador común, voluntarios de lo castellano, pero nada más. Nunca o casi nunca había sido un hombre de esa tierra quien desde ella alzase la voz de lo telúrico. Así, la Castilla de Miguel Delibes, la Castilla dramática de «Las ratas», es por fin ella misma y no, como en tantos otros, una creación del estilo.

FRANCISCO UMBRAL

MD



Estafeta literaria

FUNDACIÓN MIGUEL DELIBES

Con certeras cuchilladas de matarife, el invierno nos había arrancado esa prórroga que a las vacaciones concede el otoño cuando viene tibio. Un viento de acero se colaba entre las calles, haciendo remolinos con los desechos vegetales y los transeúntes. Prescritas las tardes de fútbol en el parque, el recogimiento era aprovechado, con singular precisión, por nuestros padres para instarnos al estudio. Quedaba entonces el barrio sepultado por un tiempo triste y de frontera que se extendía hasta la primera nevada.

Las virtutas del sol se abrían paso en una atmósfera de antracita, hasta venir a posarse sobre los álbumes de *Asterix*, *Jabato*, *Capitán Trueno*, *Tintín*... Mañanas de sábado apurando aventuras de papel y tinta china. Sueños deslumbrados por los enormes ventanales de la sala y la inacabable colección de títulos. Los abrigos amontonados en un par de mesas, semejaban forajidos apaleados por el héroe.

Las palmadas de la bibliotecaria sonaban en aquel silencio como un estampido de traición, que dejaban las historias suspendidas en la incómoda desconfianza de su recuperación futura.

En la plaza de Santo Domingo confluía el frío de siete calles, haciendo de la librería un refugio acogedor. Perdido en un bosque de papel, inspeccionaba los volúmenes, leía algún párrafo al azar y los dejaba. En el bolso tintineaban las monedas que resguardaban mi albedrío frente a las quejas miradas de las dependientas. No podía alargar la decisión porque casi era hora de cierre. Fuera de tiempo, como en un agónico partido, llamé mi atención un título: *Las ratas*. Recuerdo perfectamente las primeras líneas que leí: «Por San Balduino el Nini descubrió sobre el Pezón de Torrecillórigo el primer bando de avefrías desfilando precipitadamente hacia el sur». Para un muchacho que, amén de tebeos y cómics, tenía en las obras de Félix Rodríguez de la Fuente sus lecturas más apasionadas, resultaba un comienzo prometedor. ¿A ver si este trabajo de clase iba a resultar encima interesante?

En la ventana del pequeño salón, mi madre ponía bayetas en las holguras por las que penetraba el frío. Fuera descargaba el cierzo. Aculé la silla y comencé a leer bajo la plúmbea luz: «Poco después de amanecer, el Nini se asomó a la boca de la cueva y contempló la nube de cuervos reunidos en consejo. Los tres chopos desmochados de la ribera cubiertos de pajarracos, parecían tres paraguas cerrados con las puntas hacia el cielo. Las tierras bajas de don Antero, el Poderoso, negreaban en la distancia como una extensa tizonera». Dice Landero que Delibes te corta la retirada en la primera página; en mi caso había bastado con siete líneas para sentir el vértigo de las hojas devoradas por unos ojos que estaban descubriendo, ¡y de qué manera!, la literatura.

Las gruesas gotas de lluvia repiqueteando sobre los cristales, concedían ritmo a las frases: «Contra la tapia del corral se apoyaban el arado herrumbroso y los aperos y el tosco carrozón y sobre la cuadra se abría la gatera del pajar». En el Nini quería divisar algo de mí: «Así aprendió el niño a acechar a los erizos y a los lagartos, y a distinguir un rabilargo de un azulejo, y una zurita de una torcaz». Seducido por su sabiduría natural, «Deje,

El día que leí *Las ratas*



señor Clo, todavía hay blandura. Hemos de guardar a que el cielo arrase», como por su honesta manera de entender la vida: «El niño la miraba perplejo, con el mismo estupor con que dos tardes antes mirara al Rosalino cuando le pidió desde lo alto del Fordson que diese un golpecito al carburador porque la máquina rateaba. Como el Nini no se inmutara, Rosalino le preguntó: ¿No sabes, acaso, dónde anda el carburador? Finalmente el niño se encogió de hombros y dijo: «De eso no sé, señor Rosalino; eso es inventado»».

Iba percibiendo que, si bien el niño se erige en el principal personaje (oráculo del pueblo le dirá Dámaso Alonso) el paisaje es el gran protagonista, dibujado con arcanos y sonoros nombres; *trocha, teso, ribazo, cascadera, cárcaba, vereda, junquera, hura, laja, terrones, greda, cotarra, cueto*... Allí estaba yo, mezclando las perspectivas de mi propia infancia —ese dislocado panorama del llano donde todo es duro y áspero, hasta la belleza— con las que adivinaba tras las frases: «La liebre, como las casas del pueblo, en un prodigioso mimetismo, formaba un solo cuerpo con la tierra». El aliento de los personajes estaba también allí: «Los ojos del furtivo eran grises y pugnaces como los de un águila. Su piel, quemada por el sol y los vientos de la meseta, se fruncía en mil pliegues cuando reía, que era cada vez que se dirigía al niño, y su boca mostraba, en esos casos, unos atemorizadores dientes carniceros». Quedan retratados con tanta precisión que casi puede adivínarseles las arrugas del alma.

Como no podía ser de otro modo, el santoral ancla el tiempo de la historia (del otoño al verano de un impreciso año de finales de los cincuenta), a la que se dota de un sutil ritmo por medio del color y del sonido de las estaciones: «Un dulce sol de otoño», «sol de membrillo», «atmósfera de cristales», «trigos verdes recién escardados», «un sol aún pálido e invernal», «en unas horas la cuenca quedó convertida en una inmensa mortaja», «campos de cereales incendiados de amapolas», «brotaron las centellas en el prado», «los grillos acuchillaban el silencio», «sintió cantar el rui-señor abajo, entre los sauces», «agudos silbidos de los alcaravanes», «los vencejos se recogían chillando excitadamente»... En el extenso campo de la novela, Delibes suelta estos mojones que orientan al lector avisado; al que por otra parte, encandila con su desbordada erudición sobre la Naturaleza. El tomillo, la ailaga, el espliego y la salvia adornan y perfuman la Cotarra Donalicio o el Pezón de Torrecillórigo; mientras el águila real, el cernícalo lagartijero y el buitre negro se enseñorean del cielo desde Cerro Chato o Cerro Merino. Un guiño en cada línea.

La noche se había saciado con un ocaso minúsculo, casi inexistente. José y yo sopor-tábamos una lluvia rala y fría, en la cola del cine. Los fotogramas se sucedieron sin interés, en mi cabeza retumbaba la última frase que había quedado suspendida en el sonido del timbre: «el hambre se alzaba ante ellos como un negro fantasma».

Mientras cenaba, revisé el grueso volu-

men que utilizábamos en el colegio. Miguel Delibes en compañía de Jorge Luis Borges, Gabriel García Márquez, Miguel Ángel Asturias, Mario Vargas Llosa y Ana María Matute formaban un grupo de escritores «menores» a los que se les dedicaba una escueta ficha. *Las ratas* ni se citaba. (Así andábamos).

Mi madre atizó el rescoldo que sostenía el cálido aliento del carbón. Sobre la cabecera de la cama había una pequeña lámpara que acariciaba con su luz de nata el misterio de la página. Releí aquella despiadada frase como para preparar el corazón a lo que viniese. Y seguí.

«A veces, mientras fumaban indolentemente en el establo o en el poyo del taller del Antoliano, la conversación recaía en el ratero de Torrecillórigo y el Antoliano decía: «sacúdele, Ratero. ¿Para qué quieres las manos?» Entonces el tío Ratero se estremecía levemente y farfullaba: «Deja que le ponga la vista encima». Y decía el Rosalino: «al hijo de mi madre le podían venir con esas». Como en toda obra genial en *Las ratas* cabe todo y todo se abarca: pobreza, cobardía, arrogancia, heroísmo, beatería, resignación, sabiduría, machismo, hipocresía, candor, nobleza, cinismo, injusticia, bondad, racismo, venganza... Parece adelantar y resumir toda la obra futura del escritor.

En esas estaba cuando llegó el capítulo quince. Once páginas desmesuradas en un libro extraordinario. «Una vaca mugió plañideramente abajo, en los establos del Poderoso y como si esto fuera la señal esperada, el Malvino se llegó al ventanuco y abrió de golpe los postigos. Una luz difusa, hiberniza y fría se adentró por los cristales empañados. Pero nadie se movió aún. Únicamente al alzarse sobre el silencio el ronco quiquiriquí del gallo blanco del Antoliano, el Rosalino se puso en pie y dijo: «venga vamos». La Sabina sujetaba al Pruden por un brazo y le decía: «Es la miseria, Anciso, ¿te das cuenta?» Fuera, entre los tesos, se borran las últimas estrellas y una cruda luz blanquecina se iba extendiendo sobre la cuenca». Sentí aleteos de mariposa en el estómago y una caricia fría, como de pez, en las venas. Pasarían algunos años hasta atisbar dónde radicaba aquel poder. Como a un genio, Umbral lo había atrapado en una sola palabra: «El novelista vallisoletano ha hecho la novela del campo de Castilla desnoventayochizándolo. Quiero decir: presentándonos una Castilla seca, dura, pobre, trabajadora, donde la escasez es escasez y no literaria austeridad».

El cielo descargó su artillería, alcanzando con postas de hielo el corazón de los campesinos. Las aves yacían muertas sobre la tierra arrasada por la furia. Y cada cual marchó a enfrentarse con su destino.

«—No lo entenderán— dijo
—¿Quién?— dijo el Ratero
—Ellos— murmuró el niño».

Acabé la novela. Olas de lluvia barrían la calle. Estaba deslumbrado. Apenas un adolescente turbado por unas líneas de buena literatura. Había descubierto que podía sentir con los pensamientos de otro. Dejé el libro sobre la mesita y me perdí en el sueño con la certeza de que acababa de encontrar mi patria.

JOAQUÍN ALEGRE ALONSO
(texto e ilustración)